

La “primera evangelización”. Reflexiones sobre la primera misión cristiana

Santiago Guijarro Oporto

Universidad Pontificia de Salamanca

Resumen: En el marco del próximo Sínodo de Obispos, que tratará sobre la “nueva evangelización”, el presente artículo se propone reflexionar sobre algunos aspectos de la “primera evangelización”. Comienza subrayando la novedad que esta supuso en el mundo antiguo. En segundo lugar, precisa la diversa perspectiva que presuponen las principales fuentes: la visión participante de las cartas de Pablo y la más distanciada del libro de los Hechos. En tercer lugar se trata de precisar, con ayuda de estudios del campo de la Psicología y la Sociología, los factores que determinan el proceso de conversión. Por último, se describen algunos rasgos de la primera misión cristiana, insistiendo en el papel que en ella desempeñó la casa como lugar de acogida y como medio de acceso a diversas redes sociales.

Palabras clave: cristianismo naciente, misión, conversión, casa, hospitalidad.

Summary: In the framework of the next Synod of Bishops, devoted to the “new evangelization”, this article intends to propose a reflection about some aspects of the “first evangelization”. It starts by underlying the fact that the Christian mission was something new in the ancient world. Then, it takes note of the different perspective presupposed in the main sources: the participant view of Paul’s letters and the most detached view of the book of Acts. Thirdly, using psychological and sociological studies, it attempts to identify the factors involved in the conversion process. Finally, some features of the first Christian mission are described, emphasizing the role played by the house as a place of hospitality and as a means to gain access to the various social networks.

Key words: early Christianity, mission, conversion, house, hospitality.

La asamblea general del Sínodo de Obispos que se reunirá el próximo otoño tratará sobre “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”. Será una ocasión para reflexionar detenidamente sobre los retos que plantea esta iniciativa lanzada ya hace algunos años por el Papa Juan Pablo II, sobre las oportunidades y amenazas que la facilitan o la dificultan, y sobre las fortalezas y debilidades de la Iglesia que quiere llevarla a cabo.

El fundamento de esta “nueva evangelización” es, como afirman los *Lineamenta* del sínodo, la “primera evangelización” que “comenzó el día de Pentecostés, cuando los Apóstoles, reunidos todos juntos en el mismo lugar en oración con la Madre de Cristo, recibieron el Espíritu Santo.” (nº 23). Ahora bien, aquella primera evangelización no es para nosotros solo un suceso del pasado, sino un acontecimiento que sigue teniendo relevancia en el presente. Por su estrecha vinculación a Jesús y a los apóstoles, posee un carácter paradigmático que la convierte en referencia para la Iglesia de generación en generación.

En momentos de crisis, los grupos se vuelven hacia sus orígenes, porque la memoria del pasado fundacional ayuda a discernir el presente y a proyectar el futuro. Esta recuperación de la “memoria originaria” les permite definir su identidad y su misión en nuevas circunstancias. Pero, al mismo tiempo, esta memoria de los orígenes requiere una apertura a la novedad, una disposición positiva para recuperar aspectos de la propia identidad y misión que han sido relegados con el paso del tiempo y que en las nuevas circunstancias podrían ser especialmente significativos.

Así pues, nuestro interés por conocer mejor la primera evangelización tiene como marco la invitación a llevar a cabo una “nueva evangelización”, una invitación que se hace más urgente a medida que constatamos que Europa está dejando de ser cristiana. Ante esta situación, la Iglesia, consciente de que su identidad más profunda consiste en evangelizar¹, no puede dejar de preguntarse cómo realizar hoy esta misión, y para ello necesita volverse con una actitud de apertura y creatividad hacia sus orígenes.

¹ Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi* 14.

1. LA NOVEDAD DE LA PRIMERA EVANGELIZACIÓN

Antes de examinar los testimonios que han llegado hasta nosotros acerca de la primera evangelización para tratar de entenderla mejor, conviene anotar un dato muy significativo que nos permitirá contextualizar adecuadamente dichos testimonios. Este dato es la novedad que supuso en el mundo antiguo la actividad misionera llevada a cabo por los primeros cristianos.

Dicha actividad está bien atestiguada tanto en las fuentes cristianas como en las no cristianas. Una lectura superficial de los primeros escritos cristianos, sobre todo de las cartas de Pablo y de los Hechos de los Apóstoles, revela, en efecto, que la difusión del mensaje cristiano y la creación de comunidades que vivían según la enseñanza de Jesús y celebraban la fe en él fue la actividad más importante de la primera generación de discípulos. También los autores no cristianos dan noticia de los resultados de esta misión. Suetonio y Tácito informan de la presencia de grupos cristianos en Roma a mediados del siglo I d.C., mientras que Plinio ofrece un testimonio directo de su implantación en Bitinia a comienzos del siglo II d.C.² La rápida difusión del Cristianismo en los años posteriores a la muerte de Jesús es un hecho histórico incuestionable que solo se explica si los cristianos de la primera generación llevaron a cabo una intensa actividad evangelizadora³.

La familiaridad con estos testimonios acerca de la primera evangelización hace olvidar con frecuencia que la actividad misionera, tal como fue entendida y practicada por los primeros cristianos, fue una novedad en el mundo antiguo. De hecho, durante mucho tiempo se pensó que, en su actividad evangelizadora, estos siguieron mode-

² Suetonio, *Vita Claudii* 25; Tácito, *Annali* 15, 38-44; Plinio el Joven, *Epistulae* 10, 96-97.

³ En este trabajo me centraré en algunos aspectos de este complejo fenómeno. Para una visión de conjunto, véase el estudio pionero de M. Hengel, "Die Ursprünge des christlichen Mission", *New Testament Studies* 18 (1971) 15-38; y los estudios posteriores y más amplios de: K. Kertelge *et al.* (eds.), *Mission im Neuen Testament*, Freiburg 1982; W. Reinbold, *Propaganda und Mission im ältesten Christentum: eine Untersuchung zu den Modalitäten der Ausbreitung der frühen Kirche*, Göttingen 2000; J. P. Dickson, *Mission-Commitment in Ancient Judaism and in the Pauline Communities. The Shape, Extent, and Background of Early Christian Mission*, Tübingen 2003; J. Nissen, *New Testament and Mission: Historical and Hermeneutical Perspectives*, Frankfurt am Main 2004; E. J. Schnabel, *Early Christian Mission*, Downers Grove 2004; y: L. E. Vaage, *Religious Rivalries in the Early Roman Empire and the Rise of Christianity*, Waterloo 2006.

los practicados por otros grupos religiosos, principalmente por las comunidades judías de la diáspora. Sin embargo, los estudios más recientes han mostrado que no fue así.

La tesis de que el Judaísmo del segundo templo fue una religión misionera, sostenida en otro tiempo por autores de gran renombre (Harnack, Schürer, Wellhausen, Mommsen), ha sido seriamente cuestionada en los últimos años⁴. Particularmente importante en esta discusión ha sido el trabajo de Martin Goodman sobre el proselitismo en el Imperio romano⁵. Reconociendo que el deseo de influir en los de fuera es un elemento característico de toda religión, distingue, sin embargo, cuatro formas de plasmar este deseo. Algunos grupos religiosos o filosóficos en la antigüedad trataban de transmitir a los de fuera un mensaje que consideraban importante (misión informativa). Otros grupos trataban de influir en el comportamiento o en las actitudes de sus destinatarios (misión educativa). Otros promovían el reconocimiento de una doctrina o divinidad particular, sin que por ello fuera necesario adoptar tal doctrina o dar culto a dicha divinidad (misión apologética). Otros, en fin, no solo buscaban convencer a los demás sobre sus ideas o creencias, sino que trataban de incorporarlos a su grupo (misión proselitista). Los tres primeros tipos de misión son radicalmente distintos del cuarto. Una misión proselitista es el rasgo que define a una religión misionera, la cual para ser tal ha de ser universal, y por tanto volcada hacia fuera en su horizonte e inclusiva en su programa⁶.

Martin Goodman no encuentra este tipo de actitud misionera ni en los cultos y filosofías del mundo del Imperio, ni en el Judaísmo del siglo I d.C.; la misión proselitista es, según él, un rasgo característico del Cristianismo⁷. Esta tesis ha sido refrendada por otros estudios con nuevos argumentos y puede considerarse hoy un punto de partida sólido para analizar y valorar el fenómeno de la primera evangelización⁸.

⁴ M. Bird, *Crossing over Sea and Land. Jewish Missionary Activity in the Second Temple Period*, Peabody 2010, 8-12.

⁵ M. Goodman, *Mission and Conversion: Proselytizing in the Religious History of the Roman Empire*, Oxford 1994.

⁶ M. Goodman, *Mission and Conversion...* 3-7.

⁷ M. Goodman, *Mission and Conversion...* 20-90.

⁸ Esta es la conclusión a la que llegan, entre otros: R. Riesner, "A Pre-Christian Jewish Mission?"; en: J. Ádna - H. Kvalbein (eds.), *The Mission of the Early Church to Jews and Gentiles*, Tübingen 2000, 211-250; y F. Blanchetière, *Les premiers chrétiens étaient-ils missionnaires?: (30-135)*, Paris 2002, 89-104. Véase también: M. Bird, *Crossing over Sea and Land...* 55-132, sobre la actividad proselitista del Judaísmo con respecto a los gentiles.

Ahora bien, el carácter novedoso de la misión llevada a cabo por los primeros cristianos plantea un interrogante ineludible: Si la primera evangelización no siguió las pautas de las prácticas misioneras del Judaísmo, ni tampoco las de los cultos y filosofías del entorno, entonces ¿dónde encontró su inspiración?

Esta pregunta se podría responder diciendo que fue el impacto causado por la resurrección de Jesús en sus discípulos lo que motivó dicha misión. Tal relación entre la experiencia de la resurrección y la primera difusión del cristianismo aparece explícitamente en los relatos de las apariciones de Jesús a sus discípulos. En ellos, en efecto, el encuentro con el resucitado desemboca siempre en un envío misionero (Mt 28,16-20; Jn 20,19-22; Hch 1,3-8). Estos relatos son relativamente tardíos, pero desarrollan una convicción que se encuentra ya en el testimonio de Pablo, para quien la experiencia de haber visto al resucitado constituía el fundamento de la misión apostólica (1Cor 9,1; 15,1-11).

La experiencia de la resurrección fue sin duda un factor determinante en la primera evangelización. De ella procede el impulso que hizo que el *kerygma* cristiano llegara en pocos años a los lugares más remotos del mundo entonces conocido. Sin embargo, tal experiencia no determinó la forma en que aquellos primeros grupos llevaron a cabo la primera evangelización. Sorprendentemente, la praxis misionera de grupos que eran diversos en su orientación doctrinal y en su estilo de vida posee una serie de rasgos comunes que tienen su origen en el estilo evangelizador de Jesús.

Algunos estudios recientes han subrayado acertadamente este dato. En su trabajo sobre las iglesias domésticas y la misión, Roger Gehring hace notar que los primeros grupos de discípulos, tanto en la región siropalestinense como en la diáspora, continuaron la praxis de Jesús, haciendo de la casa un lugar privilegiado para la acogida y difusión de su mensaje⁹. Por su parte, Michael Bird encuentra en Jesús el origen de la misión a los paganos, pues aunque él se dirigió en primer lugar a Israel no evitó relacionarse con pecadores, marginados y paganos¹⁰. Este tipo de observaciones permiten afirmar que la evangelización llevada a cabo por los discipu-

⁹ R. W. Gehring, *House Church and Mission: the Importance of Household Structures in Early Christianity*, Peabody, Mass. 2004.

¹⁰ M. F. Bird, *Jesus and the Origins of the Gentile Mission*, London New York 1998.

los de la primera generación tiene su origen en la praxis de Jesús y se inspira en ella¹¹.

Así pues, el trasfondo de la primera evangelización no hemos de buscarlo en las prácticas misioneras del Judaísmo de la diáspora, sino en la praxis de Jesús y en la experiencia de la resurrección. En la praxis de Jesús se hallan las claves del nuevo estilo evangelizador, que sus discípulos más cercanos aprendieron mientras estaban con él; en la experiencia de la resurrección, el impulso que dio lugar a la primera misión cristiana¹².

2. LA VISIÓN DE LOS HECHOS Y DE LAS CARTAS DE PABLO

Las principales fuentes para el estudio de este periodo son las Cartas de Pablo y el libro de los Hechos de los apóstoles, aunque también, dada la estrecha relación que existe entre la praxis misionera de Jesús y la de sus primeros discípulos, hay que tener en cuenta la información que indirectamente proporcionan los evangelios¹³.

Estas fuentes, sobre todo las dos más importantes que hablan expresamente acerca de la primera evangelización, nos han transmitido visiones bastante diferentes de aquella experiencia. Aunque ambas presuponen el mismo escenario, se refieren a los mismos protagonistas e incluso narran a veces los mismos acontecimientos, su visión es significativamente diferente, como no podía ser de otra forma. La distancia temporal que existe entre estos escritos, así como la intención que guiaba a sus autores, explica en buena parte esta diferencia. Las cartas de Pablo son escritos ocasionales, cuya intención no es dar una visión de conjunto de la primera evangelización, sino animar y exhortar a algunas de las comunidades fundadas por él y sus colaboradores. Precisamente por ello, los datos que proporcionan sobre aquella primera evangelización son extremada-

¹¹ E. J. Schnabel, *Early Christian Mission. Vol. 1, Jesus and the Twelve*, Downers Grove 2004, 383-386.

¹² Hablando con propiedad, la primera evangelización fue la que llevaron a cabo Jesús y sus primeros discípulos antes de la pascua. Sin embargo, en el presente estudio utilizaré esta expresión en su sentido más común para designar la primera difusión del Cristianismo llevada a cabo por los discípulos de la primera generación (30-70 d.).

¹³ S. Guijarro Oporto - E. Miquel Pericás, "El Cristianismo Naciente. Delimitación, fuentes y metodología" *Salmanticensis* 51 (2005) 5-37, 16-23.

mente valiosos. El libro de los Hechos, sin embargo, fue escrito hacia el final de la segunda generación o comienzos de la tercera y, desde esta posición ventajosa, pretende ofrecer una interpretación de lo que fue aquella primera evangelización, una interpretación, por cierto, que no está exenta de motivaciones apologéticas.

A la hora de examinar estos dos textos fundamentales para el estudio de la primera evangelización es importante tener en cuenta que ambos ofrecen una visión parcial. Tanto Hechos como las cartas de Pablo se centran en la misión llevada a cabo por Pablo y sus colaboradores y en las comunidades fundadas por ellos. Ambos textos ofrecen informaciones sobre la comunidad de Jerusalén y sobre la primera difusión del movimiento cristiano en la región siropalestina, pero su centro de atención es la misión paulina¹⁴. En todo caso, dado que son los textos que ofrecen una información más abundante y detallada sobre la primera evangelización, parece obligado comenzar examinando lo que dicen acerca de ella.

La representación más influyente de la primera evangelización es la que encontramos en *el libro de los Hechos*, sobre todo en sus primeros capítulos. En esta visión, sintetizada en el comienzo paradigmático de la predicación apostólica (Hch 2), la experiencia de Pentecostés desemboca en el anuncio del *kerygma* que da lugar a la conversión masiva de los oyentes ("unas tres mil personas", según Hch 2,41), quienes, a través del bautismo, se integran en una comunidad perfectamente estructurada. Aunque en el resto del libro la actividad evangelizadora llevada a cabo por los helenistas, por Pedro y, sobre todo, por Pablo se desarrolla en auditorios mas reducidos, el inicio del relato deja impresa en el lector la imagen de que la conversión es el resultado de la escucha y aceptación de un mensaje que se proclama públicamente¹⁵.

¹⁴ Apenas contienen información sobre otros grupos y otras misiones, de las que indirectamente podemos saber algo examinando las tradiciones de los evangelios Véase: S. Guijarro Oporto, *Jesús y sus primeros discípulos*, Estella 2007, 169-252.

¹⁵ Esta imagen de una conversión masiva como resultado de la predicación de los apóstoles se fue instalando progresivamente en el imaginario cristiano hasta constituirse en la visión dominante, que refleja esta descripción de Eusebio de Cesarea: "Así, indudablemente, por una fuerza y una asistencia de arriba, la doctrina salvadora, como rayo de sol, iluminó de golpe a toda la tierra habitada. Al punto, conforme a las divinas Escrituras, la voz de sus evangelistas inspirados y de sus apóstoles resonó en toda la tierra, y sus palabras en el confín de mundo. Efectivamente, por todas las ciudades y aldeas, como en era rebosante, se constituyeron en masa iglesias formadas por muchedumbres innumerables" (*Hist. Ecl.* 2,3,1-2a; trad. A. Velasco Delgado, Madrid 1973).

Un segundo aspecto característico de la visión de Hechos es su interés por presentar una visión unitaria de la difusión del cristianismo desde Jerusalén hasta Roma. En esta visión se liman las diferencias que existen entre los Doce y los helenistas (Hch 6,1-6), se ofrece una interpretación integradora de la asamblea de Jerusalén (Hch 15,1-35), o se minimizan las tensiones que provocaron la separación entre Pablo y Bernabé (Hch 15,36-41). El autor de Hechos está también muy preocupado por mostrar cómo la misión llevada a cabo primero por los helenistas y más tarde por Pablo y Bernabé (Hch 8,1-15,35) estuvo siempre supervisada por la comunidad de Jerusalén¹⁶. Aunque en una lectura atenta del libro se pueden percibir las tensiones que existieron entre los diversos grupos, su forma de hilvanar el relato revela un claro interés por mostrar una visión unitaria de los comienzos del cristianismo.

Por último, en la visión de Hechos, los verdaderos protagonistas de la evangelización no son Pedro y los Doce, Esteban y los Helenistas, o Pablo y sus colaboradores, sino el Espíritu Santo. La experiencia de Pentecostés se evoca y hasta se repite a medida que el mensaje se va expandiendo (Hch 2,1-4; Hch 4,31; Hch 10,44-46; Hch 19,5-6). De los que difunden el mensaje se dice que están “llenos del Espíritu Santo”¹⁷. Él es quien guía y orienta la misión y lo único que pueden hacer los que anuncian el mensaje es obedecer y secundar sus orientaciones (Hch 16,6-10). El autor de Hechos cuenta la historia de la primera evangelización colocando en primer plano a su agente divino. Obviamente, los factores humanos están presentes e influyen en el desarrollo de la misión, pero lo decisivo es la acción del Espíritu Santo.

Así pues, en la visión de Hechos, la predicación apostólica dio lugar a la conversión de una multitud que se incorporó a la primera comunidad cristiana, desde la cual, bajo la guía y el impulso del Espíritu Santo, el mensaje se difundió hasta los confines del mundo. Primacía del mensaje, desarrollo unitario y acción divina son las claves de esta visión.

Las cartas de Pablo ofrecen una perspectiva distinta. Su visión está mucho menos elaborada, pero se basa en vivencias personales o en noticias de primera mano. Es una visión fragmentaria, pero muy directa.

¹⁶ Véase: S. Guijarro Oporto, “La articulación literaria del libro de los Hechos” *Estudios Bíblicos* 62 (2004) 185-204, 196-198.

¹⁷ Hch 4,8; Pedro; 6,3. 5. 55: los Siete, especialmente Esteban; 9,17; Pablo; 11,24; Bernabé; etc.

El rasgo más sobresaliente de esta segunda visión es la intensa actividad de contacto personal. Raramente encontramos a Pablo o a cualquier otro misionero dirigiéndose a una multitud. Normalmente se relacionan con personas concretas o con pequeños grupos. En torno al Apóstol se descubre una compleja y variada red de relaciones personales, cuyo núcleo central es la fraternidad apostólica integrada por sus colaboradores más cercanos (Timoteo, Tito, Silvano, etc.). En esta red de relaciones desempeñan un papel fundamental las casas en las que se reúnen los diversos grupos (iglesias domésticas), pues no solo ofrecen un punto de encuentro, sino también un apoyo efectivo para acceder a nuevas redes sociales y para los desplazamientos de los itinerantes¹⁸. Los contactos se producen a través de encuentros personales y, sobre todo, a través las cartas que continuamente envían Pablo y sus colaboradores a las comunidades para hacerse presente en ellas a pesar de la distancia. Basta leer el último capítulo de la carta a los Romanos (Rom 16) para hacerse una idea de la importancia de las relaciones personales y de las iglesias domésticas en la primera evangelización.

Por otro lado, en las cartas de Pablo, la difusión del movimiento cristiano no aparece como un fenómeno unitario. En el testimonio autobiográfico de la Carta a los gálatas, el Apóstol habla del acuerdo tomado en Jerusalén según el cual, "nosotros (Bernabé y él) nos dirigiríamos a los gentiles y ellos (Cefas, Santiago y Juan) a los de la circuncisión" (Gál 2,7-9). En los años posteriores, sin embargo, no todos aceptaron este acuerdo, hasta el punto de que algunos se dedicaron a visitar las comunidades fundadas por Pablo poniendo en entredicho su autoridad y el mensaje que predicaba¹⁹. En las cartas paulinas se percibe un interés por mantener la comunión con la iglesia de Jerusalén, sobre todo en las constantes referencias a la colecta (1Cor 16, 1-4; 2Cor 8-9; Rom 15, 25-29), pero el reconocimiento de la primacía de la comunidad madre no suponía una visión unitaria de la primera evangelización. Pablo conocía la existencia de otras misiones legítimas y polemizó con algunas otras que desde su punto de vista no eran conformes al evangelio²⁰. Él no cuestionaba

¹⁸ J. Becker, *Pablo, el apóstol de los paganos*, Salamanca 1996, 220-228, llama a este compacto grupo de apoyo "la infraestructura de la misión paulina".

¹⁹ El testimonio más elocuente de ello es la polémica que trasluce la Segunda carta a los corintios; véase: D. Georgi, *The Opponents of Paul in Second Corinthians. A Study of Religious Propaganda in Late Antiquity*, Edinburgh 1987.

²⁰ Las tensiones que reflejan las cartas de Pablo no se refieren solo a los adversarios cuya legitimidad no reconoce, sino también a las de aquellos grupos vinculados a la iglesia de Jerusalén; véanse los estudios recogidos en: B. Chilton

esta pluralidad de misiones, sino que reivindicaba la legitimidad de la que él y sus colaboradores estaban llevando a cabo.

Finalmente, en las cartas de Pablo se subraya más que en Hechos la importancia de los factores históricos y materiales, así como la intervención de los protagonistas humanos. Pablo comparte la perspectiva teológica de Hechos acerca de la misión, pero se detiene más en los factores humanos e históricos, en los que reconoce con frecuencia un significado religioso. Es el caso, por ejemplo, de la colecta antes mencionada, o de la insistencia en ganar el propio sustento para no ser gravoso a las comunidades²¹, a pesar de que tanto él como sus colaboradores recibieron constante apoyo de las comunidades.

Así pues, según la visión que ofrecen las cartas de Pablo, el evangelio se difundió, sobre todo, a través de contactos personales que iban ganando a los nuevos conversos de uno en uno. Esta difusión “en red” suponía la existencia de otras misiones con las que a menudo entraban en diálogo o en conflicto, y requería un apoyo material que las comunidades aportaban y los mismos misioneros se procuraban con su propio trabajo. Primacía de la relación personal, difusión “en red” y acción humana son las claves que caracterizan este visión.

He querido contrastar la visión de Hechos y la de Pablo subrayando con trazo grueso algunos aspectos que merecerían análisis más detallados. En realidad un estudio más minucioso de estas dos fuentes mostraría que la visión “distanciada” de Hechos no es tan diferente en el fondo de la visión “participante” de Pablo. En Hechos, por ejemplo, aparecen numerosos encuentros personales que van tejiendo una red de relaciones que es clave para la difusión del evangelio, y no es difícil percibir la existencia de diversas misiones. He querido acentuar el contraste porque creo que puede ayudarnos a comprender hasta qué punto la visión de Hechos ha configurado el imaginario cristiano acerca de la primera evangelización, dejando en la penumbra aspectos que convendría tener en cuenta hoy a la hora de plantear una nueva evangelización.

- C. Evans (eds.), *The Missions of James, Peter and Paul: Tensions in Early Christianity*, Leiden 2005.

²¹ Véase el estudio clásico de R. F. Hock, *The Social Context of Paul's Ministry. Tentmaking and Apostleship*, Minneapolis 2007 (original 1980), donde se examina el oficio de Pablo y el sentido que él dio al hecho de no renunciar a él.

3. LA CONVERSIÓN A UN NUEVO MOVIMIENTO RELIGIOSO

Antes de analizar con más detalle algunos de los factores y procesos que configuraron la primera evangelización, quisiera recoger algunas observaciones que se han hecho desde otros campos de estudio sobre el fenómeno de la conversión. La conversión puede ser definida como la incorporación a un grupo religioso como resultado de una misión de tipo proselitista. Este fue el tipo de misión que llevaron a cabo los primeros cristianos: una misión cuya finalidad era hacer discípulos para que se incorporaran a la comunidad de los creyentes (Mt 28,18-20).

El proceso a través del cual una persona se incorpora a un nuevo grupo religioso ha sido estudiado por sociólogos, antropólogos y psicólogos, y desde estos campos del saber se han elaborado diversos modelos para comprenderlo. Debido precisamente a su complejidad, los modelos elaborados desde estos diversos campos de estudio deben utilizarse de forma complementaria y buscando siempre aquellos que mejor se ajustan al tipo de conversión estudiado²².

Es evidente que estos modelos no pueden convertirse en una especie de molde para los datos que poseemos, como si se tratara de un nuevo "lecho de Procastes", el mítico posadero que recortaba o estiraba los cuerpos de sus huéspedes para que encajaran en sus camas. Sin embargo, el conocimiento del fenómeno de la conversión desde el punto de vista de las ciencias sociales puede ayudarnos a comprender mejor lo que dicen acerca de ella los testimonios del los primeros cristianos. Sin minimizar el papel que desempeñan las motivaciones religiosas o filosóficas²³, es necesario reconocer que los factores psicológicos, sociales y culturales desempeñan también un papel en el proceso de conversión.

Los estudios tradicionales sobre el fenómeno de la conversión ponían el énfasis en el mensaje. Explicaban que la conversión se producía cuando el mensaje proclamado por un grupo religioso respondía a las carencias de quienes lo escuchaban. Este es el modelo

²² L. R. Rambo, "Theories of Conversion: Understanding and Interpreting Religious Change" *Social Compass* 46 (1999) 259-271, enumera y valora hasta catorce modelos distintos que han sido propuestos para el estudio de la conversión en contextos y situaciones diversos.

²³ L. R. Rambo, "Theories of Conversion..." 264, alerta frente a la actitud de los estudiosos de las ciencias sociales, que con mucha frecuencia pasan por alto, trivializan o rechazan el papel de las motivaciones o de las experiencias religiosas en sus teorías de la conversión.

que subyace implícitamente al excelente estudio de Gustave Bardy sobre la conversión al cristianismo en la antigüedad. Al estudiar los motivos de la conversión, Bardy se fija, sobre todo, en la búsqueda de la verdad en el mundo antiguo y en el mensaje de salvación que ofrecía el Cristianismo²⁴.

Este modelo explica aspectos importantes de la conversión, pero deja muchos otros sin aclarar. Por eso, desde los años sesenta, esta perspectiva centrada en el mensaje ha sido complementada con otra explicación que toma en serio el papel que desempeñan las relaciones personales en el proceso de conversión. A partir del estudio pionero de John Lofland y Rodney Stark sobre la conversión de los primeros adeptos a la secta Moon²⁵, ellos mismos y otros autores han realizado estudios de campo sobre el proceso de conversión que han puesto de manifiesto la importancia de los vínculos personales en la difusión de un nuevo movimiento religioso²⁶.

Hace unos años, el mismo Rodney Stark intentó explicar el auge del cristianismo en el imperio romano partiendo de esta nueva forma de entender el fenómeno de la conversión.²⁷ Su objetivo era mucho más amplio que el de este trabajo y, debido a ello, no analiza detalladamente los textos que hablan de la primera evangelización. Creo, sin embargo, que su explicación del proceso de conversión puede ser de gran utilidad para interpretar estos textos.

La observación más repetida en los estudios de campo es que las relaciones personales desempeñan un papel decisivo en el proceso de conversión²⁸. Esta, en efecto, se produce cuando la vincula-

²⁴ G. Bardy, *La conversión al cristianismo durante los primeros siglos*, Madrid 1990, 107-141.

²⁵ J. Lofland and R. Stark, "Becoming a World-Saver: A Theory of Conversion to a Deviant Perspective" *American Sociological Review* 30 (1965) 863-874.

²⁶ En este sentido resulta especialmente interesante el trabajo de R. Stark and W. S. Bainbridge, "Networks of Faith: Interpersonal Bonds and Recruitment to Cults and Sects" *American Journal of Sociology* 85 (1980) 1376-1395. Retomando y matizando el estudio pionero de Lofland y Stark, así como trabajos de campo de Baimbridge y otros, Stark y Baimbridge sugieren que las dos perspectivas deben complementarse. Observan que todo grupo religioso propone un mensaje que puede responder a las carencias y necesidades de un amplio grupo de personas. Sin embargo, no todos los afectados acaban convirtiéndose. Lo que hace que unos se conviertan y otro no, tiene que ver, entre otras cosas, con las relaciones que establecen con los miembros de dicho grupo religioso.

²⁷ R. Stark, *The Rise of Christianity: A Sociologist Reconsiders History*, Princeton 1996.

²⁸ Para lo que sigue véase: J. Lofland and R. Stark, "Becoming a World-Saviour..." 871-872; R. Stark and W. S. Bainbridge, "Networks of Faith..." 1378-1381; y, sobre todo: R. Stark, *The Rise of Christianity*... 13-21.

ción con los miembros del grupo religioso prevalece sobre la que se tiene con los que no pertenecen a él, lo cual significa que la vinculación personal nacida de una relación asidua y vinculante es la clave de la conversión. Por eso, el avance de un nuevo grupo religioso se produce generalmente a través de redes sociales preexistentes configuradas por una variada gama de vínculos interpersonales. Esto explica, por ejemplo, que los fundadores de nuevos movimientos religiosos traten de ganar para su causa inicialmente a aquellos con quienes ya tienen una intensa relación personal, es decir a sus familiares y amigos. En el proceso de conversión resultan, por tanto, decisivas las relaciones personales y las redes sociales que las facilitan²⁹.

Una segunda observación realizada por estos estudios es que la conversión a un nuevo movimiento religioso suele darse entre quienes viven una situación de tensión (presiones, privaciones, frustraciones, etc.) y buscan salir de ella.³⁰ En la mayoría de los casos, se trata de situaciones y búsquedas que tienen que ver con la existencia cotidiana, no con elaboraciones intelectuales acerca de ella. Una actitud empática por parte de los miembros del grupo, así como la acogida, el apoyo o la ayuda en situaciones concretas son, con frecuencia, el comienzo de una relación que da paso al proceso de conversión.

Por último, los estudios de campo revelan que cuando los conversos son invitados a describir retrospectivamente su proceso de conversión, su relato acentúa la importancia de la doctrina y el dogma.³¹ Sin embargo, al comienzo del proceso, la adhesión al men-

²⁹ R. Stark, *The Rise of Christianity...* 16, cuenta cómo los primeros misioneros de la secta Moon llegados a California trataron de difundir su mensaje a través de notas de prensa, spots radiofónicos, reuniones públicas, pero esos métodos no dieron ningún resultado. Los nuevos adeptos vinieron a través de contactos personales con conocidos y parientes, que les dieron acceso a nuevas redes sociales.

³⁰ Para lo que sigue, véase: J. Lofland and R. Stark, "Becoming a World-Saviour..." 864-870.

³¹ R. Stark, *The Rise of Christianity...* 19-20, observa que los conversos de la secta Moon, cuando contaban su proceso de conversión, subrayaban la irresistible atracción de los "Divinos Principios" (su libro sagrado), pero en las entrevistas que Lofland y él habían hecho a estas mismas personas mientras tenía lugar su proceso de conversión, lo que en realidad se subrayaba eran los vínculos personales, hasta el punto de que varios de los miembros que continuaban en el grupo debido a dichos vínculos, reconocían que no entendían o no compartían la doctrina que se les proponía. J. Lofland and R. Stark, "Becoming a World-Saviour..." llegan a afirmar que: "en cierto modo, la conversión consiste en aceptar las opiniones de los propios amigos" (871).

saje del grupo suele ser un elemento secundario y relativamente poco importante. Este se va aceptando y comprendiendo progresivamente gracias al testimonio de aquellos con quienes ya se ha creado un vínculo personal intenso. Con el tiempo, sin embargo, las referencias a la doctrina y a la teología del grupo pasan a ocupar un papel cada vez más importante en la explicación del proceso de conversión.

4. ALGUNOS RASGOS DE LA PRIMERA EVANGELIZACIÓN

Estas observaciones tomadas de los estudios sobre la conversión nos permiten volver sobre el testimonio que encontramos en los textos cristianos antiguos acerca de la primera evangelización. Se impone, de entrada, una reflexión a propósito de la comparación realizada más arriba entre el testimonio de las cartas de Pablo y el del libro de los Hechos. Aunque el análisis ha sido somero e incompleto, enseguida se percibe que la visión que se desprende de las cartas de Pablo, centrada en las relaciones interpersonales, tiene muchos rasgos en común con la interpretación más reciente del fenómeno de la conversión. Sin embargo, la visión más “distanciada” de Hechos, que subraya el papel del mensaje, encaja mejor con la forma tradicional de entender tal proceso. Como ya he dicho, ambas interpretaciones no son excluyentes, sino complementarias.

Reconociendo, pues, la prioridad de la visión “participante” de Pablo, confirmada por los recientes estudios sobre la conversión, y el carácter complementario de la visión “distanciada” de Hechos, retomaré ahora algunos rasgos característicos de la primera evangelización para analizarlos con más de detalle, teniendo en cuenta lo que las ciencias sociales han descubierto acerca del proceso de conversión.

4.1. Un mundo atravesado por múltiples carencias y tensiones

En primer lugar, es necesario tener presente un factor contextual que los dos modelos sociales antes mencionados coinciden en resaltar. Tanto uno como otro reconocen la importancia de las carencias y tensiones en que se hallan inmersos aquellos que responden a una invitación de tipo misionero. Sabemos que el mundo de los primeros cristianos estaba atravesado por múltiples carencias y tensiones. Existía, es cierto, una búsqueda intelectual, pero estaba reservada a unos pocos privilegiados. La mayoría de la gente

tenía otras preocupaciones, porque su vida estaba amenazada por la escasez, la malnutrición, el hambre, la enfermedad, la guerra, y otros peligros similares.³²

Quienes escuchaban a los misioneros cristianos en las ciudades del imperio o entraban en contacto con alguna de las pequeñas comunidades fundadas por ellos no eran ajenos a esta situación. Pablo reconoce que en la de Corinto no había muchos poderosos, ni muchos de noble cuna (1Cor 1,26). No es una afirmación retórica, pues más adelante tiene que reprocharles que, cuando se reúnen para la celebrar la cena del Señor, unos pasan hambre mientras otros se emborrachan (1Cor 11,20-21). Lo que sabemos sobre el mundo antiguo nos permite suponer que los primeros eran muchos más que los segundos.³³

Las exhortaciones a poner en práctica una ética del amor mutuo y de la solidaridad que encontramos frecuentemente en las cartas de Pablo (1 Cor 13; Rom 12,9-21), así como los ejemplos de comunión efectiva que ofrece el libro de los Hechos (Hch 2,42-47; 5,32: "tenían todo en común"), indican que el apoyo material y la acogida de los desfavorecidos, los marginados y los socialmente desplazados era un rasgo característico de las comunidades cristianas, las cuales no solo proponían un mensaje de salvación, sino que ofrecían ayuda efectiva a quienes se encontraban en situaciones de desamparo. Al actuar así, aquellas comunidades seguían el ejemplo de Jesús, a quien los evangelios presentan sanando a los enfermos, liberando a los endemoniados, acogiendo a los marginados y lavando los pies a sus discípulos. El recuerdo de esta forma de actuar, cuidadosamente conservado en las comunidades de sus discípulos y seguidores, configuró el estilo de vida de las comunidades reunidas en su nombre.

³² R. McMullen, *Roman Social Relations: 50 BC to AD 284*, New Haven and London 1974, 88-120 ofrece una visión de conjunto acerca de la situación de los pobres, la inmensa mayoría, en el contexto de una sociedad radicalmente desigual. Por su parte, P. Garnsey, *Famine and Food Supply in the Graeco-Roman world. Responses to Risk and Crisis*, Cambridge, 1988, 222-225 menciona cinco crisis alimentarias en Roma entre los años 40 y 90 d.C.

³³ La composición social de las primeras comunidades cristianas ha sido objeto de una amplia discusión. Sin entrar en ella, aquí tan solo se quiere constatar la convivencia de personas provenientes de diversos estratos, una situación que propicia el desarrollo de una "ética del amor", que se traduce en acciones de apoyo y ayuda a los más necesitados. Sobre la condición social de los primeros cristianos, especialmente de las comunidades paulinas, véase la síntesis de: E. Stegemann y W. Stegemann, *Historia social del cristianismo primitivo. Los inicios en el judaísmo y las comunidades cristianas en el mundo mediterráneo*, Estella 2001, 391-410.

4.2. Las relaciones personales y la estructura comunitaria del cristianismo naciente

Como hemos observado ya, en las cartas de Pablo, junto a las reflexiones de tipo doctrinal y a las exhortaciones parenéticas que constituyen su contenido fundamental, aparecen numerosas personas que estaban estrechamente relacionadas entre sí. También en el libro de los Hechos, a pesar de su comienzo centrado en las multitudes que se convierten con la predicación de los apóstoles, encontramos numerosos nombres propios que tejen una red de relaciones casi tan compleja como la que advertimos en las cartas de Pablo. Esta orientación comunitaria del naciente movimiento cristiano evoca un rasgo fundamental de la praxis de Jesús, quien reunió en torno a sí a un grupo de discípulos para formar una nueva familia (Mc 3,31-35) en la que se hacía presente el reinado de Dios y se acogía a los pobres y marginados³⁴.

El libro de los Hechos y las cartas de Pablo mencionan, sobre todo, a los integrantes de la “red paulina”, pero dejan entrever otras redes misioneras similares centradas en personajes importantes de la primera generación, como Santiago, Pedro o Apolo (1Cor 1,12; Gál 2,7-9). Hemos de suponer que estas otras redes eran tan amplias y complejas como la de Pablo, y también que existían otras redes misioneras similares³⁵. No obstante, como la red paulina es la que mejor conocemos, me ceñiré en este breve análisis a los datos que proporcionan sobre ella las cartas de Pablo y el libro de los Hechos.

Su núcleo estaba formado por la fraternidad apostólica reunida en torno al Apóstol, cuyos miembros procedían de las comunidades fundadas por él.³⁶ Pablo y sus colaboradores más cercanos estaban conectados con los diversos grupos que se iban constituyendo como resultado de sus múltiples contactos. A veces eran ellos quienes los visitaban o les escribían, pero otras veces eran las comunidades las que enviaban sus propios emisarios (1Cor 1,11; 2Cor 8,19. 23). Se tra-

³⁴ Véase: H. Moxnes, *Poner a Jesús en su lugar, Una visión radical del grupo familiar y el Reino de Dios*, Estella 2005, 210-225.

³⁵ Para una visión de la pluralidad de grupos en la primera generación, véase: H. W. Eberts Jr., “Plurality and Ethnicity in Early Christian Mission” *Sociology of Religion* 58 (1977) 305-321; véanse también algunos de los trabajos reunidos en: R. Aguirre (ed.), *Así empezó el cristianismo*, Estella 2010, especialmente pp. 101-193 y 308-316.

³⁶ El estudio clásico sobre la constitución y la función de este grupo sigue siendo el de W.-H. Ollrog, *Paulus und seine Mitarbeiter: Untersuchungen zu Theorie und Praxis der paulinischen Mission*, Neukirchen-Vluyn 1979.

taba de una red activa en la que se fueron creando intensos vínculos personales.

Los convertidos a la nueva fe formaban pequeñas comunidades que se configuraron siguiendo diversos modelos: iglesia doméstica, asociación voluntaria, sinagoga o escuela filosófica³⁷. Dependiendo del lugar o de las oportunidades, la *ekklesia* adquirió una de estas fisonomías, aunque su tamaño solía ser siempre reducido, posibilitando así estrechas relaciones entre sus miembros. Esta configuración comunitaria facilitaba también la acogida, el apoyo material, la ayuda y el testimonio. La máxima que guiaba el comportamiento de aquellas primeras comunidades está bien resumida en una de las exhortaciones que Pablo dirige a los romanos, cuando les invita a: "compartir las necesidades de los santos (es decir, los miembros de la comunidad) y a acoger a los de fuera" (Rom 12,13). Las comunidades cristianas no eran enclaves cerrados sobre sí mismos, sino grupos abiertos que practicaban la acogida y la hospitalidad. A ello contribuyó de una forma muy especial su implantación en la casa.

4.3. La casa como lugar de encuentro y vía de acceso a las redes sociales

Hasta bien entrado el siglo IV d.C., la casa, como espacio físico y como ámbito social, proporcionó al Cristianismo un lugar de encuentro y una plataforma de evangelización³⁸. Según el testimonio de Hechos, el primer encuentro de la incipiente comunidad de Jerusalén tuvo lugar en una casa (Hch 1,13-14), y la casa siguió siendo el lugar habitual de reunión de los discípulos (Hch 2,46) y la principal plataforma de evangelización (Hch 20,20). En las cartas de Pablo encontramos también abundantes testimonios de que la casa y el grupo familiar constituían el principal ámbito físico y social de las comunidades fundadas por él (Rom 16,5; 1Cor 1,16; 16,15).

Esta decidida y temprana predilección por la casa que observamos en los textos que hablan sobre la primera generación de discípulos tiene sus raíces también en la praxis de Jesús. En los recuerdos de su actividad recogidos en los evangelios se hace

³⁷ Sobre las diversas configuraciones de la *ekklesia*, véase: W. Meeks, *Los primeros cristianos urbanos. El mundo social del apóstol Pablo*, Salamanca 1988, 132-148.

³⁸ Véase: R. Aguirre, "La casa como estructura base del cristianismo primitivo: las iglesias domésticas", en: Idem, *Del Movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana*, Estella 1998, 79-110.

patente su frecuente presencia en las casas, donde realizaba signos y enseñaba (Mc 1,29-31; 2,1-12. 15-17, etc.), y se recoge su recomendación explícita a los discípulos para que anunciaran e hicieran presente el reinado de Dios en las casas (Mc 6,7-13; Lc 10,1-12)³⁹. La casa era el núcleo central de la sociedad mediterránea antigua y no es extraño que tanto Jesús como sus discípulos antes y después de la Pascua la asumieran como su plataforma básica⁴⁰. De hecho, la casa desempeñó un papel decisivo en la primera evangelización, en parte gracias al lugar privilegiado que ocupaba en la estructura social del mundo antiguo, y en parte debido a la forma en que se configuraron las comunidades domésticas. Para ilustrar esta afirmación mencionaré tres importantes funciones que desempeñó la casa en relación con aquella primera evangelización⁴¹.

La primera de ellas fue la hospitalidad. En una sociedad en la que las posadas eran escasas e insanas, el hecho de disponer de casas que acogían a los enviados y misioneros fue determinante para la difusión del movimiento cristiano.⁴² El hecho de ser acogido en una casa como huésped convertía al misionero en “uno de casa” y esta posición le facilitaba el acceso a las personas relacionadas con el grupo familiar, con las que podía relacionarse en un clima de confianza. La escena de la conversión de Cornelio y los suyos representa de forma elocuente este proceso: Pedro, al ser acogido por el *paterfamilias* y convertirse en uno de casa, tiene acceso a sus amigos y parientes (Hch 10,1-11,18). Esta hospitalidad facilitaba la comunicación entre la fraternidad apostólica y las diferentes iglesias domésticas. El mismo hecho de la comunicación por carta no habría

³⁹ Una presentación detallada de estos datos puede verse en: R. W. Gehring, *House Church and Mission...* 28-61.

⁴⁰ No es necesario entrar aquí en el complejo problema de los dichos sobre la ruptura con la familia y en la aceptación crítica de las estructuras familiares por parte del mismo Jesús y de sus primeros discípulos, pues lo que interesa subrayar ahora es el hecho ampliamente atestiguado de que la casa fue la plataforma básica de la primera evangelización. Sobre la ruptura con la familia y la aceptación crítica de la casa, véase: S. Guijarro, *Fidelidades en conflicto. La ruptura con la familia por causa del discipulado y de la misión en la tradición sinóptica*, Salamanca 1998.

⁴¹ Para lo que sigue, véanse las interesantes observaciones de: R. W. Gehring, *House Church and Mission...* 89-95 y 197-190; véase también: W. Vogler, “Die Bedeutung der urchristlichen Hausgemeinden für die Ausbreitung des Evangeliums”, *Theologische Literaturzeitung* 11 (1982) 785-794; y: A. Weiser, “Evangelisierung im Haus”, *Biblische Zeitschrift NF* 34 (1990) 63-86.

⁴² Sobre la hospitalidad en el Cristianismo naciente puede verse el estudio clásico de: D. W. Riddle, “Early Christian Hospitality: A Factor in the Gospel Transmission” *Journal of Biblical Literature* 57 (1938) 143-45

sido posible sin la hospitalidad y el apoyo de diversas casas. Pablo y los suyos escribían sus misivas gracias a la hospitalidad de una casa y podían hacérsela llegar a otras comunidades porque contaban con el apoyo de una casa que financiaba el viaje del emisario, y porque podían confiar en que dicho emisario sería acogido por otra casa en su lugar de destino.

Las casas desempeñaban otra importante función, que está relacionada en parte con la hospitalidad. A través de ellas, en efecto, los cristianos se introducían en las redes que conectaban a las personas en el mundo antiguo. El *paterfamilias* no sólo podía reunir en su casa un grupo numeroso de parientes, amigos y clientes, sino que mantenía estrechas relaciones de amistad con los *patresfamilias* de otras casas, formando parte así de una red social cuyas relaciones se regían por la confianza y la reciprocidad. En las cartas paulinas hay varias alusiones a este tipo de redes sociales. La casa de Cloe mencionada en 1Cor 1,11 tenía conexiones con Éfeso, donde se encontraba Pablo cuando escribió a los corintios. Más ilustrativo aún es el caso de Febe, que ocupaba un lugar importante en la iglesia doméstica de Cencreas, uno de los dos puertos de Corinto. Pablo pide a los romanos que la reciban, muy probablemente porque era la portadora de la carta, pero dado que Pablo no conocía estas comunidades, lo más probable es que la casa de Febe tuviera contactos con alguna casa de Roma. De este modo, a través de la iglesia doméstica de Cencreas, Pablo pudo tener acceso a la red de iglesias domésticas en Roma⁴³.

Por último, las casas desempeñaban una función importante al facilitar un espacio para el encuentro personal. Al margen de lo que esto pudo significar para la vida cotidiana y el crecimiento de las comunidades, la posibilidad de establecer un contacto personal con motivo de una visita o una invitación ofrecía siempre una ocasión para la acogida y el apoyo, una oportunidad para mostrar un estilo de vida, e incluso una situación propicia para el testimonio. La relación personal que facilitaba la casa permitía mostrar el atractivo de una vida en común en la que todos estaban pendientes de las necesidades de los demás y se acogía de buen gusto a los de fuera (Rom 12,13).

Este breve esbozo del papel de la casa en la primera evangelización revela la importancia de la opción de los primeros discípulos por insertarse críticamente en la sociedad de su tiempo mante-

⁴³ L. M. White, *Building God's House in the Roman World: Architectural Adaptation Among Pagans, Jews, and Christians*, Baltimore 1990, 106

niendo una actitud de apertura hacia los de fuera. La aceptación crítica de la casa y la renuncia a configurar las comunidades cristianas como enclaves cerrados fueron dos actitudes decisivas para la difusión del Cristianismo y constituyen dos rasgos característicos de la primera evangelización.

4.4. La progresiva asimilación del mensaje

Hasta ahora me he detenido en diversos aspectos que revelan la importancia de las relaciones personales, y de la acogida y el apoyo que los primeros grupos cristianos ofrecían a aquellos con quienes contactaban. Esto no significa, en absoluto, que el mensaje proclamado por Pablo y los demás misioneros no fuera importante en la primera evangelización. Al presentar así las claves de aquella primera difusión del Cristianismo tan solo he querido poner de manifiesto que, en el proceso de conversión, la acogida y aceptación del mensaje se dan en el marco de una prolongada interacción personal que incluye una experiencia comunitaria.

Como he señalado más arriba, los estudios recientes sobre el proceso de conversión han revelado que existe una cierta discontinuidad entre la forma en que se vive dicho proceso y la forma en que luego se cuenta. En el primer caso se subraya la importancia de la relación personal mientras que en el segundo los aspectos doctrinales pasan a primer plano. Esta observación puede ayudar a entender por qué el autor del libro de los Hechos, que contempla retrospectivamente la experiencia de la primera generación, subraya mucho más que Pablo la importancia de la predicación. Con todo, también Pablo insiste en la acogida del mensaje cuando evoca la experiencia de conversión de sus comunidades. Escribiendo a los cristianos de Tesalónica, por ejemplo, les recuerda cómo acogieron el evangelio, “no como palabra humana, sino, como es en verdad, como palabra de Dios” (1Tes 1,13).

Estos relatos retrospectivos de la experiencia de conversión reflejan el resultado final de un proceso lento. El mismo Pablo, evocando su actuación entre los tesalonicenses, menciona una larga relación personal en la que procuró darles ejemplo comportándose como un padre con sus hijos (1Tes 1,9-12). Pero hay un dato más general que testimonia este proceso. Me refiero al hecho ampliamente constatable de que Pablo tuvo que seguir instruyendo a sus comunidades, y en muchos casos no para decirles cosas nuevas, sino para recordarles lo que ya les había enseñado cuando les había anunciado por primera vez el evangelio, como ocurre en la Carta

a los gálatas (Gál 1,9; 3,1). Las cartas paulinas, en efecto, permiten contemplar unas comunidades que aún no habían sido plenamente evangelizadas, unas comunidades en las que la asimilación del mensaje se estaba produciendo en un contexto de intensa vivencia comunitaria. Los destinatarios de las cartas de Pablo se estaban haciendo cristianos gracias al ejemplo y el testimonio de aquellos a los que estaban unidos por los lazos de la solidaridad recíproca propios de las relaciones de parentesco, o por la gratitud y la fidelidad que vinculaban a los clientes con sus patrones.

Así pues, el anuncio del evangelio desempeñó un papel decisivo en la primera evangelización, de igual modo que la proclamación de la llegada de Reinado de Dios fue central en la misión de Jesús. Sin embargo, el anuncio del mensaje no fue el único instrumento de la evangelización, sino la palabra que explicaba el fundamento y el sentido de una forma de vida y daba razón de la esperanza en que se asentaba.

CONCLUSIÓN

La presente reflexión sobre la primera evangelización se ha centrado sólo en algunos aspectos dejando a un lado muchos otros que habría sido interesante analizar. Tan sólo he mencionado de pasada algunos datos históricos decisivos como la pluralidad de trayectorias que siguió la expansión del Cristianismo en sus inicios. Tampoco me he detenido a precisar cuáles eran las creencias y las prácticas de aquellos primeros grupos cristianos, ni a describir las experiencias religiosas que hicieron de sus reuniones comunitarias un espacio privilegiado para la acogida del evangelio y la incorporación efectiva de los recién convertidos.

Un estudio más detallado de la primera evangelización debería incluir, sin duda, estas y otras cuestiones, pero mi intención ha sido más modesta. He querido, tan solo, situar en el centro del debate una cuestión que puede ser iluminadora a la hora de pensar y proyectar una "nueva" evangelización. Las circunstancias son muy diferentes y no creo que ahora debamos hacer exactamente lo que hicieron los primeros cristianos, pero estoy convencido de que volver a escuchar sus testimonios en una situación nueva puede ayudarnos a plantear algunas preguntas acerca de cómo deberíamos afrontar esta "nueva" evangelización.

La cuestión que he pretendido colocar en primer plano ha sido la de los modelos de conversión. Si entendemos adecuadamente

cómo se produjo el proceso de conversión entre los primeros cristianos, entonces podremos comprender mejor cómo fue la primera evangelización. En mi presentación he sugerido que el modelo relacional propuesto y desarrollado en el campo de las ciencias sociales por Rodney Stark y otros permite interpretar los datos que tenemos de una forma que resulta esclarecedora. Explica, por ejemplo, por qué en estos testimonios retrospectivos se coloca en primer plano el mensaje y la doctrina, pero también alerta sobre la necesidad de tener más en cuenta el papel que los vínculos personales y comunitarios desempeñaron en el descubrimiento y aceptación de dicho mensaje.

Esta visión del proceso de conversión, que encuentra una importante confirmación en la experiencia de muchos creyentes hoy, ayuda a situar otros rasgos característicos de aquella primera evangelización, que aquí voy a enumerar a modo de recordatorio. El primero de ellos es que la misión iniciada por los primeros cristianos constituyó una novedad en el mundo antiguo. A diferencia de otras misiones de tipo educativo, informativo o apologético, la misión cristiana tenía un carácter universal y buscaba que los convertidos se incorporaran activamente al grupo de los creyentes. En segundo lugar, me parece relevante el hecho de que esta misión se inspirara en la praxis de Jesús, cuyo estilo se percibe constantemente en la forma de actuar de los primeros misioneros y de las primeras comunidades cristianas. En tercer lugar, al situar en primer plano los vínculos personales se pone de manifiesto la importancia de dos rasgos propios de aquel estilo de vida: el primero es el hecho de que eran comunidades vivas, capaces de vivir una ética del amor mutuo, acogiendo a los desplazados, apoyando a los débiles o socorriendo a los necesitados; el segundo es que optaron por insertarse activa y creativamente en el mundo, renunciando a la tentación de formar enclaves cerrados, que habrían imposibilitado el acceso a los de fuera. Por último, esta forma de explicar la primera evangelización ayuda a entender que la transmisión y asimilación del mensaje cristiano fue un proceso más lento y progresivo de lo que las fuentes parecen dar a entender a primera vista.